

Ricardo Palma: Poeta Depurador

Ricardo Palma (1833-1919) es, sin lugar a dudas, la máxima figura literaria del Perú decimonónico. Fiel a una de las consignas de su siglo, Palma es hombre polifacético: periodista en su país; colaborador en revistas y periódicos tanto nacionales como extranjeros; oficial de la marina de guerra; filólogo, crítico e historiador; político de ideología liberal; diplomático y, por último, como todos sabemos, hombre de letras. La originalidad de sus “tradiciones”¹ es universalmente reconocida. Contamos con excelentes estudios de éstas² a los que remito al interesado en esta vertiente de su obra.

Mi propósito en este artículo no es ahondar en las “tradiciones” sino más bien centrarme en la lírica de Palma para poner de relieve una característica del poeta poco conocida. Aludo a la sistemática supresión por parte de Palma de algunos de sus poemas, publicados en su juventud, y que no vuelven a imprimirse en ediciones posteriores. Para llegar a esta conclusión hemos cotejado las tres ediciones de sus poesías: la de París (1865); Lima (1877) y Barcelona (1911).

Las primeras poesías de Palma salen a luz en 1855 bajo el nombre de Manuel R. Palma. Esta obra primeriza, *Juvenilia (1850-1860)*, refleja la tónica del romanticismo imperante a la sazón en el Perú. Los jóvenes poetas limeños se nutren de la lectura de los románticos europeos: Víctor Hugo; Lamartine; Lord Byron, entre otros, y muy especialmente de los españoles Zorrilla; Tassara y Espronceda. Por aquellos años Palma preside las veladas literarias de Clorinda Matto y Juana Manuela Gorriti a la vez que, junto con toda una pléyade de bardos peruanos como Carlos Augusto Salaverry, Arnaldo Márquez, Clemente Althaus, Luis B. Cisneros y Pedro Paz Soldán, difunde la estética romántica a lo largo y ancho de su país.

En su amenísimo libro, *La bohemia de mi tiempo*, Palma nos deja un testimonio directo de la actividad literaria de aquella época.

Los avatares políticos de la nueva república traen consigo la inestabilidad de los gobiernos, en su mayoría militares, y con frecuencia acarrear el destierro de los que militan en el bando perdedor. Palma, correligionario del partido liberal, se ve forzado a salir hacia el destierro en noviembre de 1860, al ser derrotado éste en una de las innumerables revoluciones de esos años. Se dirige a Chile, donde pasa a colaborar en *La Revista del Pacífico* y *La Revista de Sud-América*. La producción poética de su exilio en Chile (1860-1862) la recoge en un volumen titulado *Armonías. Libro de un desterrado* (París, 1865).

Su trayectoria lírica continúa en *Pasionarias* (1865-1870); *Verbos y Gerundios* (1870-1878); *Nieblas* (1880-1906) y *Filigranas* (1890-1908).³ No es éste el momento de estudiar la totalidad de su obra como poeta.⁴ Lo que nos interesa es documentar el aserto de que Palma omite deliberadamente muchos de sus poemas juveniles en las ediciones de sus *Poesías completas*. Como botón de muestra, valga el que reproducimos a continuación, publicado por primera y única vez en *La Revista de Lima* en 1863 (tomo II, pp. 731-740).⁵

NO HAY TRAMPA CON EL DEMONIO

(Leyenda popular)

Dedicatoria a Clorinda

Ello al fin no es más que un cuento
De aquellos que oí en la infancia,
Esa edad cuya fragancia
Se ha evaporado en el viento.

Oyelo, niña gentil,
Tú por cuya frente pura
Aun no de la desventura
Cruza la nube sutil.

Te acaricia con sus alas
El ángel de la inocencia,
Y es aurora tu existencia
Rica de esplendor y galas;

Y por eso tu candor
Despierta mi poesía
Y busca nueva armonía
El harpa del trovador.

Si con lo raro se arroba,
Paloma, tu pensamiento
Y una bruja por el viento
Montada en caña de escoba;

Y el diablo que con sus piés
San Miguel hace tortilla,
Causan á tu alma sencilla
Un misterioso interés;

Sé de cierto, vida mia,
Que gozarás doblemente
Con la historia que hoy te cuente
Humilde mi fantasía.

Y pues no te es importuna
Mi voz, serafín bendito,
Vas á escuchar la que he escrito
En una noche de luna.

I

Promedia el siglo dieziocho
Y de la orgullosa España
El escudo soberano
En Lima espléndido se alza.
Refieren que era de Octubre
Una lluviosa mañana
Cuando un hombre recatándose
En una modesta capa,
Atravesó la Alameda,
Llegó al cerro de las Ramas,
Y bajándose el embozo,
Con misteriosas palabras
Y entrecortado el acento
Tres veces al diablo llama.

Ya que el embozo ha arrojado
El que por los cerros anda,
Lector, sin ser importunos
Podemos verle la cara;
Aunque hay caras en el mundo
Tan repugnantes y estrañas,

Que estar debieran cubiertas
Eternamente con máscara.
Y á fé, que entre tales rostros
El de nuestro héroe se halla
Mostrando por corto apéndice
Que en los ocho lustros raya.

El diablo debió andar listo
Allá en los tiempos de marras,
Porque acudió presuroso
Ante tan torpe demanda;
Y hoy vemos todos los días
Que abundan hombres tan mandrias.
Que llaman una legión
De diablos y ni uno se alza
Cuando en los tiempos antiguos
Con llamar uno bastaba.

Presente ya Satanás,
Según lo narra la fama,
Entre él y el desesperado
La conversación se entabla
—¿Qué me quieres? —Un contrato
—Ya te escucho y . . . ¡vamos! . . . habla
Que me urge el tiempo y no quiero
Desperdiciarlo en palabras
—Amo una muger; mas ella
Constante mi amor desaira
—Será tuya ¿y qué me ofreces
De mi ayuda soberana
En cambio? —Si á amarme llega,
Satanás, son tuyos mi alma
Y mi cuerpo . . . ¡Oh! Sí . . . proteje
A quien tu poder acata.

Lo miró el diablo sonriendo;
Mas luego tras breve pausa
Le dijo, fingiendo el aire
De aquel que de otro se apiada.
—El trato es trato: aquí firma
Y en mi protección aguarda;
Aunque alma como la tuya
No es para mí mucha ganga

II

Sacó el diablo un pergamino,
Escribió en él el contrato
Con las fórmulas precisas
Para semejantes casos;
Y al acabar el escrito
Estampó su garabato,
Que al fin el diablo es jefe
De todos los escribanos
Y documento que él fragua
No hay medio de desatarlo.
El otro firmó—Se dieron
Los contratantes la mano.
Convirtiéndose el diablo en humo,
Y el otro paso entre paso
Volvió á la ciudad, y cuentan
Que se le miró con pasmo
Tornado desde ese día
En un mancebo gallardo,
Rico, elegante, travieso
Y de las damas mimado,
Solo continuó tan bestia
Como ántes de su contrato,
Que al cabo génio y talento
No son cosas que dá el diablo.

III

—Madre ¿qué será que ayer
Cuando de misa salí,
Se fijó un jóven en mí
Mirándome con placer
Y yo . . . yo me sonreí?
Y me llamó entonces flor,
Dulce espíritu de amor,
Perla luciente y estrella,
Y dijo que era más bella
Que un serafín del Señor.
Y has de saber ¡ay de mí!
Que al escuchar esas cosas

Yo no sé lo que sentí. . .
Y en mis manos temblorosas
Puso un clavel carmesí.

Después la noche llegó
Y el infeliz la pasó
Parado al pie de mis rejas
Diciendo sentidas quejas . . .
Y abrí la ventana yo.

Me contó un cuento de amores
Con tan hermosos colores
Que . . . ¿lo creerás, madre mía?
Toda yo me estremecía
A sus écos seductores.

Después, á la luz incierta
Del alba se fué el doncel.
Y . . . madre! fuerza es te advierta
Que si en él pensé despierta
Dormida soñé con él.

Luego al resplandor del día
Alcé mi plegaria pía . . .
Pronuncié el nombre de Dios . . .
Y otro nombre dijo en pos
Fascinada el alma mía.

¿Qué será, dí la impresión
Que por vez primera siento?
¿Por qué es que en todo momento
El está en mi corazón,
El está en mi pensamiento?

Una hermosa mañana
De aquellas perfumadas y tranquilas
Que tiene Lima, espléndida sultana
De la costa del Sur, una doncella
Más que los sueños de la infancia bella
Reflejando en la luz de sus pupilas
La sencillez de su alma enamorada,
Así a la madre de su amor decia:
—Perdóname si lo amo, madre mía,
Y el corazón me exalta su mirada.

Pobre niña inocente!
¿Por qué no has aprendido
A sofocar el íntimo latido
Del corazón ardiente?
Triste de tí! que ignoras
En tus febriles horas
Que es la vida la farsa más completa;
Que á todo hombre un papel el Increado
En ella ha señalado
Y que abundan los rostros con careta.

IV

Corrieron dias y la hermosa Elena
Abandonó su hogar. Como el infante
Con un juguete su ambición vé llena,
Para ella el mundo se encerró en su amante.

Madre, homor, cuento existe de querido
Al corazón de la muger aun pura,
Sacrificó al amor de un fementido
Soñando un cielo en su infantil ternura.

Todo tiene un magnífico destello
Si por el prisma del amor se mira . . .
El cielo es más azul . . . ¡Ay! Es tan bello
Sentir otra alma que de amor suspira!

Es tan bello el amor! No hay armonía
Más dulce que la voz del ser amado!
La vida es un raudal de poesía!
Sublime el porvenir! Grato el pasado!

V

Pobre Elena! Era tu espíritu
Como solitaria flor
Cuyo cáliz perfumaba
El tibio aliento de Dios.
A los embates del mundo
Te abandonó un seductor,
Como hoja que de su tallo
Arrancára el aquilon.
El destruyó tu pureza,
El destruyó tu candor,

Y las fibras en pedazos
Te rompió del corazón.
Mugeres! En vuestras almas
Hay todo un mundo de amor
De entusiasmo y de ternura,
Y de fé y abgenación.
Vosotras, las que aprendisteis
En la escuela del dolor,
Las que apurais el veneno
Que deja la seducción,
Llorad, llorad por Elena
Pobre mártir del amor!

Murió Elena al encontrarse
Perdida y sin compasión
Abandonada del hombre
Que el sosiego la robó.
¿Acaso será un delito
En la muger el amor?
Para qué la puso el cielo
Dentro el pecho un corazón?
Murió! como muere el lírio
Agostado en su verdor
Cuando le falta el rocío
La brisa y el arrebol.
Era el amor para el alma
De la niña, un bien mayor
Que el agua para el sediento
Y que para el ciego el sol.
Mugeres! Si habeis sentido
La tristísima emoción
Que siempre trae el recuerdo
De un amor que nor burló
Llorad, llorad por Elena
Pobre mártir del amor!

Niña gentil á quien cuento
El misterio tentador,
Cuando sientas en tu pecho
El fuego de la pasión;
Cuando la edad te permita
Apreciar lo que escribo hoy;

Ten compasión por Elena
Que si en la falta cayó
Lloró tanto, que su falta
La purificó el dolor.
Murió de pena, alma mía,
Que hay tan profunda aflixion
En ver huir la ventura
Que el llanto pierde su voz,
Y el alma tiene dolores
Que solo consuela Dios.
Tortolilla de ojos dulces!
Huye de la seducción
Y cuando estés en los días
De la juventud veloz
Llora, llora por Elena
Pobre mártir del amor!

VI

Lector, si algun paseo
Que imposible no creo
En los Descalzos diste, habrás notado
Que cerca de la huerta
Hay tapiada una puerta
Con una cruz. Yo siempre fuí tentado
Del diablo aquel que llaman curioso,
Y echéme á averiguar como un ocioso
El como y el por qué la enseña santa
Allí del cristianismo se levanta.

Cuenta el pueblo muy formal
Que un hombre llegó al Covento,
Habló al guardian un momento
Y á poco vistió el sayal.

Tanta era su contricción
Y tanta su caridad
Que conquistó en la ciudad
Del santo reputación.

Y aunque no faltó tunante
Que esclamase á boca llena
—Ese hombre sedujo á Elena—
Dijo al mundo— ¡Calumniante!

Si ha usado de seducción
Hoy es monge y eso basta—
Y el santo hábito que gasta
Mata la murmuración.

Mas cada noche entretanto
Que nuestro monge pasaba,
El claustro se alborotaba
Con sus quejas y su llanto

Y por la celda corría
Hasta perder el sentido
Diciendo á grito tendido
Que el *malo* lo perseguía.

Lo cierto es, que al fin un día
Fué al guardián el penitente
Y dñjole francamente
Que á consultarle venía.

No anduvo el guardián reacio
Y, según dice la crónica,
No fué consulta lacónica
Que hablaron un largo espacio.

Y sin muchos requilorios
Te diré, caro lector,
Que él contó los que en rigor
Ya te son hechos notorios.

El pacto con Lucifer
Y la seducción cobarde,
Y que abandonó más tarde
Deshonrada á una muger.

Y dijo, anegado en lloro,
Que una mano negra, humeante
Iba siempre de él delante
Ya en la celda, ya en el coro.

VII

A la mañana siguiente
Los frailes todos salieron
En procesión por el claustro
Del espacioso convento,

Y el ceremonial sagrado
Iba triste precediendo
El penitente, á quien guía
Invisible para el resto
De acompañantes la mano
De aquel arcángel protervo.

Pasaron un claustro y otro
Y se detuvo el cortejo
Ante una puerta que abrióse
Como por raro misterio
De alguna mano invisible
Bajo el impulso violento.
Pero su dintel apenas
Traspuso con paso incierto
El penitente, la puerta
A cerrar volvióse luego
Filtrando por ella estraño
Olor de azufre y de infierno.

Esparcíose la noticia
La misma tarde en el pueblo
De que se llevó el demonio
Un deudor en alma y cuerpo;
Por que es acreedor el diablo
Tan inflexible y severo
Que cuando cobra no admite
Ni dilación ni tropiezo.

Escrito en su juventud, este poema de Palma evidencia el uso de la fantasía y un acusado romanticismo, con posible influencia del *Fausto* de Goethe y el *Don Alvaro* de Angel de Saavedra. Muchos de los poemas igualmente eliminados de sus *Poesías completas* se resienten de este mismo tipo de trasfondo. Cabe preguntarnos qué motivó a Palma para suprimirlos de sus ediciones posteriores. Pienso que la clave nos la proporciona el propio Palma en el prefacio a sus *Poesías completas* de 1911, cuando declara aludiendo a esta producción de su primera etapa poética:

Avéngome hoy á reimprimir esos tres libritos que fueron como mi iniciación en la vida de las letras y en el romanticismo que, por entonces, se había adueñado de los espíritus

juveniles. ¡Ah! los románticos de 1845 á 1860, en América, fuimos verdaderos neuróticos por lo revezado y contradictorio de nuestros ideales, reflejados en versos, ora henchidos de misticismo ampuloso y de candor pueril, ora rebosando duda cruel ó desesperanza abrumadora.⁶

Parecería, pues, como si Palma, en su senectud, se arrepintiese del fervor romántico de sus años juveniles. Esto explicaría la decisión de Palma de omitir muchas de estas composiciones a la hora de preparar la última edición de sus obras poéticas, edición ésta que dista mucho de ser, como reza el título, *completa*.

University of California,
Santa Barbara

CARLOS GARCÍA BARRÓN

NOTAS

1. José de la Riva Agüero apunta en este sentido: "El puesto de Palma en la posteridad parece ya fijado. Representante del criollismo, y quizá por eso con un fondo español muy claro y definido, no es de los que quedarán relegados a la historia literaria. Todo induce a creer que nuestros nietos lo leerán con igual asiduidad y cariño que nosotros. Sus *Tradiciones* ganarán con la distancia: se harán más interesantes y poéticas, porque se referirán a costumbres cada vez más lejanas; y las generaciones que no alcancen ni una sombra del Perú antiguo, vendrán a aprender lo que fué de los labios de este conversador entretenido y sabrosísimo, que mezcla a las remembranzas siempre melancólicas de las pasadas épocas un dejo burlón y risueño, y una pícara y decidida predilección por la crónica escandalosa y los cuentos subidos de punto, que lo hacen muy interesante y atractivo." *Obras completas* (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1962), tomo I, 203.

2. Ver Alberto Tauro del Pino, *Ricardo Palma. Tradiciones peruanas* (Lima: Imprenta de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1969).

3. Augusto Tamayo Vargas, *Literatura peruana* (Lima: Imprenta Iberia, s.f.), tomo II, p. 650.

4. Me parece reveladora la declaración que hace el propio Palma refiriéndose a sí mismo como poeta: "Todo el cariño literario que abrigo por mis *Tradiciones* ó leyendas en prosa, sólo puede igualarse al desapego que siento por mis renglones rimados. Si en los días de la mocedad pudo el amor propio alucinar me hasta el punto de crearme poeta, hoy, en horas de desencanto senil y de razonamiento frío, apenas si me tengo por mediano versificador." Preámbulo de Palma a sus *Poesías completas* (Barcelona: Editorial Maucci, 1911), p. 5. Recomendando la lectura del libro de Guillermo Feliú Cruz, *En torno de Ricardo Palma. La estancia en Chile* (Valparaíso: Imprenta de la Universidad de Chile, 1933).

5. Debe aclararse que Palma fue el director de esta valiosa revista peruana durante la primera época de la misma. Véase mi trabajo, "La Revista de Lima", de próxima publicación en el *Bulletin of Hispanic Studies*.

6. *Poesías completas*, p. 6.